

Textos de otras carreras

Crítica a la Escuela Nueva

Daniel Santiago Moreno Combita

Sharik Xiomara Vega Cifuentes

Licenciatura en Filosofía, Ciencias de la Educación

El modelo pedagógico conocido como la Escuela Nueva surge en contraposición a la escuela tradicional. Se presenta como una revalorización de las estrategias pedagógicas que conciben el aprendizaje como un proceso activo y centrado en el niño. En este enfoque, la figura del docente se reduce a la de un acompañante en el proceso de aprendizaje, pues se interpreta como una sublevación frente al poder tradicional del maestro y su rol de transmisor del conocimiento infantil (Dewey, 1916/2004, p. 31).

Fundamentalmente, John Dewey sostiene que “el niño es el centro de toda educación, y el papel del maestro consiste en orientar el proceso que se desarrolla desde su propia actividad” (Dewey,

1916/2004, p. 39). En consecuencia, la escuela debe configurarse como un espacio comunitario en el que los estudiantes vivan y cooperen en actividades con significado social (Dewey, 1916/2004, p. 32).

Desde esta concepción, tanto el conocimiento como su orientación quedan en manos del niño, quien dirige su propio futuro, mientras que el docente asume un papel de guía que acompaña el camino hacia el saber.

Este proceso educativo se desarrolla mediante metodologías como el aprendizaje a través de la experiencia, el enfoque práctico y útil, y el método experimental. Dewey afirma con claridad que “la educación es un proceso de vida y no una preparación para la vida futura; se aprende por la acción, por la



experiencia” (Dewey, 1916/2004, p. 6). Asimismo, advierte que “el conocimiento impuesto desde fuera, sin relación con la experiencia personal, se convierte en una carga extraña para el espíritu y no en un instrumento de desarrollo” (Dewey, 1916/2004, p. 45).

Con ello se pretende un enfoque en el que el estudiante sea producto de una construcción propia, orientada hacia una vida política y social activa.

Sin embargo, Royo (2020) sostiene que reducir al docente a un mero facilitador empobrece el proceso educativo, ya que deja en segundo plano la importancia del conocimiento sólido y estructurado que el maestro debe transmitir. Esta visión refleja, además, las condiciones precarias del magisterio y la escasa valoración social de su oficio, sobrecargándolo con tareas centradas en motivar o entretener, en lugar de enseñar con rigor. Según el autor:

“Se presenta la idea de que basta con motivar o entretener a los estudiantes para educarlos, cuando en realidad la construcción del

conocimiento exige constancia y profundidad” (Royo, 2020,).

En la misma línea crítica, Engkvist (2018) advierte que “la centralidad absoluta del estudiante sobre su aprendizaje conduce a una confusión entre educación y entretenimiento, debilitando así la disciplina, el esfuerzo y el valor de la enseñanza” (Engkvist, 2018,).

Desde esta perspectiva, se evidencia una idealización del rol del estudiante y una minimización de la autoridad docente que han contribuido a la crisis educativa. Esto conlleva el riesgo de formar estudiantes con menor preparación intelectual y escasa capacidad crítica.

Ambos autores coinciden en que la Escuela Nueva, bajo la idea de libertad y autonomía, busca emancipar al estudiante del control del docente, pero termina debilitando el pilar fundamental de la enseñanza: la transmisión de un conocimiento esencial que permita pensar, reflexionar y argumentar.

En cuanto a sus metodologías, es posible afirmar que la experiencia en la que se apoyan los jóvenes



carece de fundamentos que impacten significativamente en sus decisiones educativas. Esto se debe a la falta de saberes sociales, éticos y académicos, pues se otorga mayor valor a sus experiencias tempranas que a los conocimientos estructurados que la escuela tradicional debería brindar —como las ciencias sociales, la lengua y la lógica.

Desde una perspectiva contraria a la de Dewey, puede sostenerse que el niño no está en condiciones de aplicar valores como el respeto, la responsabilidad y la cooperación si no los ha aprendido previamente. Por ejemplo, un niño no puede practicar el respeto si no lo conoce, ni desarrollar la responsabilidad como una habilidad sin haber sido guiado en ello.

La autonomía del alumno resulta, por tanto, limitada si se basa únicamente en experiencias precarias que no le permiten comprender situaciones o realidades complejas. Además, el estudiante no logra integrar factores socio-políticos relevantes debido a su baja comprensión del contexto.

Finalmente, no debería ponerse en tela de juicio si es más importante enseñar sin conocimiento o conocer sin saber enseñar. La educación requiere un equilibrio: un docente que imparta discernimiento con rigor y un estudiante que se esfuerce por aprender y adquiera aprendizajes fundamentales para la vida en sociedad.

De lo anterior se concluye que, en contraposición a Dewey, tanto el rol docente como los fundamentos de la Escuela Nueva muestran carencias que afectan la formación de los estudiantes, volviéndola poco funcional para la vida social y personal, y limitando su comprensión crítica del mundo.

Asimismo, es comprensible que la construcción del conocimiento a través de este modelo pedagógico se quede limitada cuando se confía en exceso en la experiencia temprana del niño, sin integrar los saberes sistemáticos y la guía experta del docente. Esta falta de equilibrio entre libertad y rigor desemboca en una formación parcial, que puede estimular la



creatividad, pero corre el riesgo de descuidar la profundidad conceptual y la solidez intelectual necesaria para

enfrentar los retos de la sociedad contemporánea.